

RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

MINUTI R., *Orientalismo e idee di tolleranza nella cultura francese del primo '700*. Florencia, Leo S. Olschki, 2006, 412 pp.

La presente obra de Rolando Minuti, investigador y docente de la Universidad de Florencia, especialista de reconocido prestigio mundial en la historia del pensamiento historiográfico moderno y colaborador en la edición de las *Œuvres* de Montesquieu, es un valioso aporte a la discusión, no sólo de la idea de tolerancia en el pensamiento moderno europeo sino también a la discusión sobre la construcción intelectual de oriente.

Recientemente, Rolando Minuti ha sido el editor de las Actas del congreso *Le problème de l'altérité dans la culture européenne aux XVIIIe et XIXe siècles: anthropologie, politique et religion* organizado por el Departamento de Historia e Historia del Arte, Trieste, del 23 al 25 de septiembre de 2004 (Bibliopolis, 2006).

Orientalismo e idee di tolleranza es un libro de síntesis de las preocupaciones del autor sobre la construcción de un pensamiento, y de una ciencia positiva, sobre el oriente, cercano y lejano, en la Europa moderna. Después de años de incursionar en la obra particular de autores como Gibbon, Voltaire, Joseph de Guignes, Boyer d'Argens y otros, tenemos ahora un libro que resume las últimas investigaciones del autor. Debemos comenzar por señalar la importancia de esta obra en las discusiones historiográficas de los últimos años sobre lo que se ha llamado "orientalismo". La importante obra de Edward Said (comenzando por *Orientalism* en 1978 y continuando con diversos artículos hasta *Culture and Imperialism* en 1993) conformó la idea de un "orientalismo" (tanto como actividad académica o como preocupación estética) más o menos funcional a la presentación de un imperialismo europeo aceptable para las clases educadas del viejo continente (y que ayudaría, también, a formar las clases dirigentes de la nueva administración imperial). Esto es, un "orientalismo" que fuera parte sustancial del discurso hegemónico del imperialismo y del monopolio occidental –en la mirada de Said, Inglaterra y Francia– sobre la creación de una imagen de oriente. Más allá de la importancia de acercar a las clases universitarias norteamericanas (Said fue, recordémoslo, hasta su muerte hace unos años, profesor de la Universidad de Columbia)



a ciertos aspectos más o menos evidentes de la relación entre algunas políticas franco-británicas en el cercano oriente y el destino trágico del pueblo palestino (nacido en Jerusalén en el seno de una familia anglicana, Said fue portavoz y defensor de los derechos inculcados a su pueblo), la obra de Edward Said recibió, fundamentalmente, tres tipos de críticas: por un lado la estrechez de su definición de un “orientalismo” que sólo trataría del pueblo árabe; en segundo lugar, entenderlo como una actividad directamente ligada a la expansión imperial de Inglaterra y Francia, lo que deja de lado, aún hablando apenas de la arabística, a holandeses, alemanes y rusos, verdaderos fundadores de la disciplina y, además, a toda una tradición previa a la expansión imperial de fines del siglo dieciocho que tuvo intereses muy distintos a los políticos. Ésta es, básicamente, la crítica contenida en el importante y reciente libro de Robert Irwin, *For Lust of Knowing. The Orientalists and their Enemies*, Londres, 2006, que rescata un sentido mucho más amplio de un “orientalismo” surgido dentro del marco de los estudios clásicos y, sobre todo, bíblicos. Ese sentido de una actividad académica más relacionada, para muchos autores de los siglos XVI, XVII y XVIII –piadosos teólogos, anticuarios provinciales recluidos en su *manor* rural– con la salvación del alma, propia y ajena o con la búsqueda de humana gloria, más que con los intereses de la Compañía de las Indias Orientales.

Dentro de este marco crítico, la obra de Rolando Minuti viene a cubrir un doble vacío: expande el concepto de “orientalismo” para incluir los estudios sobre el lejano oriente (China, Japón y también la India o el sudeste asiático) además de aquellos sobre el cercano oriente mediterráneo (Mesopotamia, Egipto, claramente pero también y sobre todo el Islam, árabe, persa y otomano, los cristianismos orientales, el judaísmo) y los incluye dentro de una discusión mayor de la intelectualidad europea –francesa en este caso– de los siglos XVII y XVIII que llevará a la idea de “tolerancia”, novedad mayor y propiamente ilustrada. Este último aspecto es clave en toda la obra de Minuti y rescata al orientalismo (si estos rescates fueran necesarios para una actividad intelectual) de las grises preocupaciones filológicas a las que parece haberlo confinado cierta opinión pública y lo ubica como parte fundamental en la evolución de una noción de tolerancia entendida, en principio, como una aceptación de la diversidad religiosa y cultural y, finalmente, relacionada con el surgimiento de una libertad de conciencia que es propuesta, por el pensamiento iluminista, como un valor esencial (allí Voltaire y el *Traité sur la tolérance* en el que Europa destacaba por una excepcionalidad negativa en relación con un oriente otomano o chino)

El recorrido por la obra de misioneros, historiadores, filólogos y filósofos que se preocuparon por el oriente estructura el presente texto en

cuatro grandes capítulos.

El capítulo I (*Rappresentazioni dell'estremo Oriente e variazioni sul tema Della tolleranza tra '600 e '700*) trata de aquellos mundos a los que Voltaire, enfrentándose a las nociones de tiranía con que cierta tradición intelectual relacionaba a Oriente, y de la cual Montesquieu podía ser un exponente, invitaba a sus lectores a dirigirse, si querían encontrar universos de tranquilidad y tolerancia desconocidos en Europa, a India, Persia y más allá, hasta China y el Japón, donde aún las supersticiones y el ateísmo son tolerados por los monarcas. Y en donde si, como en el caso del Japón, los misioneros cristianos habían sido expulsados, no lo fueron en virtud de una intolerancia religiosa sino por razones de estado. A lo largo de estas primeras páginas, el autor recorre la actividad misionera de los jesuitas en China y la famosa querrela de los ritos en la que los sucesores de Matteo Ricci se vieron envueltos, justamente por prácticas –que el autor llama tolerantes– en relación con los usos litúrgicos y los métodos más generales de inserción cultural (propagados por el propio Ricci y por De Nobili), así como el desarrollo de una cultura sinológica (aprendizaje de la lengua, conocimiento de la tradición literaria y filosófica) necesaria para tales emprendimientos entendidos de esa manera particular. Esos estudios se extienden a las culturas del sud-este asiático después del comienzo de la misión de Alejandro de Rodas en Siam, incluyendo el tipo de literatura que representaron los relatos de viaje de un Pierre Lambert de la Motte o de un Jacques de Bourges. Son muy interesantes las páginas dedicadas al Japón, ya que señala la importancia relativa, para mediados del siglo XVII, de una obra como la de Kaempfer (*Histoire du Japon*) que se centra más en los límites y riesgos políticos de la tolerancia (que había llevado a los japoneses a proscribir a los misioneros cristianos originalmente bien recibidos) y no en su valor intrínseco.

El capítulo II (*Tolleranza e Islam*) es uno de los más ricos del libro (una versión previa y más corta puede consultarse on-line en el sitio de la revista *Cromohs*, 10, 2005:

http://www.cromohs.unifi.it/10_2005/minuti_islam.html).

Centrado en un análisis del imperio otomano y de la Persia safávida a través de las relaciones de viajeros como Thévenot, La Boullaye, Tavernier, Chardin Tournefort o de obras académicas como la enciclopédica *Bibliothèque Orientale* de Barthélemy d'Herbelot (en este caso una obra que intenta subrayar la excelencia cristiana), el *Dictionnaire historique et critique* de Pierre Bayle o las obras históricas de un Mathurin Veyssière de la Croze, se describe el funcionamiento de dos inmensos imperios en los que los soberanos no hacen (ni los otomanos ni los safávidas) gala de indiscreción religiosa y en cuyos territorios conviven diversas religiones (y que, comentamos al pasar, los sirven sin problemas y que mucho se bene-

fician con esa privacía como las elites ortodoxas de Estambul, los *fanariotas*, o las élites comerciales y financieras coptas de Egipto). La pertenencia de muchos de esos autores franceses a la confesión protestante los hace, sin duda, más sensibles a los ámbitos de convivencia plural que encuentran en sus viajes. Este es el marco intelectual que produjo, un poco después, la traducción de las *Mille et une nuits* de Galland, base del imaginario oriental en la literatura europea. No podemos detenernos en los múltiples aspectos presentados en este capítulo tan rico. Digamos, apenas, que es una de las síntesis más acabadas que conocemos sobre la producción intelectual europea (aunque centrada en la francesa) relativa al cercano oriente en los siglos XVII y XVIII.

El capítulo III (*Comparativismo, religioni orientali e idea di Tolleranza nell'opera di Argens*) retoma algunas de las ideas ya expuestas por Minuti en otras sedes sobre la importancia de la obra de un hombre como la *Correspondance* del marqués de Argens o de las *Cérémonies et coutumes religieuses de tous les peuples du monde* de Jean-Frédéric Bernard tendientes a mostrar el carácter irénico de la religión musulmana y atacar un cierto antiislamismo europeo, pero intentando señalar, típico producto iluminista, el carácter artificial de toda religión institucionalizada, sea cristiana, musulmana o alguna de las religiones del extremo oriente y de lo absurdo de las ceremonias y liturgias que las caracterizan.

El capítulo IV (*Montesquieu, L'Oriente religioso e la tolleranza*) trata, básicamente, de las *Lettres persanes* y de la opinión negativa de su autor sobre un Islam que no habría visto la necesidad de una convivencia entre religiones diversas (como se estaba dando, por lo menos para Montesquieu, en Europa en esa época). El rastreo de las fuentes de Montesquieu así como sus interlocutores contemporáneos es lo que permite entender el valor dado a la obra de Voltaire al comienzo del libro, ya que si bien para fines del siglo XVIII había una larga tradición en la cultura francesa de interpretación favorable al mundo extraeuropeo, sobre todo en los dichos términos de tolerancia, en lo que respecta al Islam esa interpretación parecía no ser tan universal.

Para finalizar debemos decir que, más allá de lo escueto de estas líneas y de los límites de las presentaciones bibliográficas, que nos inhibe de un desarrollo pormenorizado de algunas de las contribuciones mayores del autor, nos encontramos frente a una obra de singular calidad y de recomendable lectura para todos aquellos interesados en este capítulo, relevante y siempre actual, de la historia intelectual europea.